

RENATO CRISTI B. • CARLOS RUIZ S.

El pensamiento conservador en Chile

Seis ensayos



EDITORIAL UNIVERSITARIA

IMAGEN DE CHILE

El pensamiento conservador en Chile

I M A G E N D E C H I L E

320.520983

C933p Cristi, Renato.

El pensamiento conservador en
Chile: seis ensayos /

Renato Cristi, Carlos Ruiz.

-1ª reimp., 2ª ed. corregida y
aumentada-

Santiago de Chile: Universitaria,
2016.

204 p.; 15,5 x 23 cm. - (Imagen de
Chile).

«Este libro obtuvo el Premio
Municipal de

Literatura mención Ensayo en
1992».

Referencias: p. 189-197.

ISBN edición impresa: 978-956-11-
2488-2

ISBN Digital: 978-956-11-2777-7

1. Conservadurismo - Historia -
Siglo 20 - Chile. I. t. II. Ruiz,
Carlos.

© 1992, RENATO CRISTI, CARLOS RUIZ.

Inscripción N° 80.315, Santiago de Chile.

Derechos de edición reservados para todos los países por

© EDITORIAL UNIVERSITARIA, S.A.

Avda. Bernardo O'Higgins 1050, Santiago de Chile.

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada,
puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por
procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o
electrónicos, incluidas las fotocopias,
sin permiso escrito del editor.

Texto compuesto en tipografía *Times Lt Std 10/12,5*

CUBIERTA

*Diego Portales expone ante los notables en 1836
la situación de Chile ante la Confederación Perú-Boliviana.*

Pedro León Carmona.
Óleo perteneciente al Palacio de la Moneda,
desaparecido desde el 11 de septiembre de 1973.

www.universitaria.cl

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

Renato Cristi • Carlos Ruiz

El pensamiento conservador en Chile Seis ensayos

Segunda edición
Corregida y aumentada

Este libro obtuvo el Premio Municipal de Literatura
mención Ensayo en 1992.



La publicación de esta obra fue evaluada
por el Comité Editorial de Editorial Universitaria
y revisada por pares evaluadores especialistas en la materia,
propuestos por Consejeros Editoriales de las distintas disciplinas.



EDITORIAL UNIVERSITARIA

Para Marcela y Alejandra

ÍNDICE

PREFACIO A LA 2ª EDICIÓN

INTRODUCCIÓN

ENSAYO I

El pensamiento conservador de Alberto Edwards. Del conservantismo liberal al conservantismo revolucionario

Renato Cristi

ENSAYO II

Conservantismo y nacionalismo en el pensamiento de Francisco Antonio Encina

Carlos Ruiz

ENSAYO III

Corporativismo e hispanismo en la obra de Jaime Eyzaguirre

Carlos Ruiz

ENSAYO IV

El conservantismo como ideología. Corporativismo y neoliberalismo en las revistas teóricas de la derecha chilena

Carlos Ruiz

ENSAYO V

La síntesis conservadora de los años 1970

Renato Cristi

ENSAYO VI

Estado nacional y pensamiento conservador en la obra
madura de Mario Góngora

Renato Cristi

APÉNDICE I

Claves conceptuales de la síntesis conservadora liberal de
Jaime Guzmán: Bien común, subsidiariedad y propiedad
privada

Renato Cristi

APÉNDICE II

Las ideas conservadoras en Chile. Antecedentes históricos

Carlos Ruiz

Referencias

Índice Analítico

PREFACIO A LA 2ª EDICIÓN

Nuestro propósito al publicar este libro, veintitrés años atrás, fue sistematizar y exponer críticamente las ideas de un grupo de pensadores que había contribuido a la formación de un importante cuerpo de ideas de orientación conservadora en Chile. Pensamos entonces que la convergencia de dos vertientes de ese ideario conservador, nacionalismo y corporativismo podía explicar tanto la génesis del golpe militar de Pinochet como la constitución política del nuevo régimen. Pudimos comprobar que Jaime Guzmán, la eminencia gris de la dictadura militar, fue el artífice de la síntesis de esas vertientes tradicionales del pensamiento de derecha, a la que añadió un tercer elemento, el ideario neoliberal que irrumpió en Chile con la presencia de economistas de la Universidad Católica con estudios de posgrado en la Universidad de Chicago. Esta síntesis, que logró su expresión más articulada en la Constitución de 1980, puede explicar la hegemonía estable del régimen político diseñado por Guzmán e implementado por la dictadura militar de Pinochet. Comprobamos también que el nacionalismo, y su idea de un Estado fuerte, se fue desvaneciendo, y que el corporativismo, aunque desvirtuado en sus aspectos institucionales, logró sobrevivir asimilándose al neoliberalismo mediante el aporte de su idea central –el principio de subsidiariedad. Esta noción, con raíces en la reacción romántica frente a la Ilustración, y más tarde adoptada por la Doctrina Social de la Iglesia, logró además brindarle legitimidad al sistema social y político impuesto por Guzmán y la dictadura. La vuelta a la democracia pudo moderar los aspectos más radicales de la política neoliberal, pero dejó en pie las líneas matrices de su institucionalidad tal como aparece definida en la Constitución de 1980.

A partir de la movilización estudiantil de 2011 y los escándalos político-financieros de 2015 la hegemonía neoliberal subsidiarista se ha ido desvaneciendo a tal punto que, hoy en día, intelectuales de derecha, como Hugo Eduardo Herrera, reconocen el “mutismo” de su sector “en las discusiones teóricamente más exigentes, [una] especie de parálisis contemplativa frente al abismo” (Herrera, 2014: 186). En vista de ello, este autor propone revitalizar ese fondo más que centenario de ideas conservadoras, que se ha esgrimido tradicionalmente, para poder “contar con un pensamiento denso de lo político y el Estado” que le permita a la derecha adquirir nuevamente “un peso irreprimible” (*ibíd*: 200). De los autores que examinamos en este libro, Herrera fija su atención particularmente en tres de ellos: Jaime Guzmán, Alberto Edwards y Francisco Antonio Encina.

Por nuestra parte, nos parece peligroso para la democracia chilena alentar un renacimiento intelectual de la derecha al amparo del pensamiento conservador de estos autores. Herrera alaba a la derecha conservadora por haber sabido responder, “con crítica y vanguardismo” a la llamada crisis del Centenario. No toma en cuenta que Edwards, por ejemplo, al igual que Guzmán, apela al miedo para justificar la necesidad de un gobierno dictatorial. En su caso se trata del miedo a lo que denomina “la gran revolución de los tiempos modernos”, a saber, el liberalismo. Como se indica en nuestro libro, frente a esa revolución...

...Edwards experimenta un estado de ánimo auténticamente spengleriano. Confiesa un ‘terror de alta mar’. Una cultura entera se ha desplomado y no aparece en lontananza nada que la reemplace. ‘El mundo ha llegado a uno de estos momentos solemnes en que la fe de los más atrevidos nautas vacila, y en que cada cual se pregunta si el derrotero que nos lleva con fatalidad inflexible, conduce a otra parte que

al caos y a la muerte' (Edwards, 1928: 135). Se abre ante nuestros ojos un abismo insondable. Pero ante ese abismo se alza 'un hombre justo y fuerte, de espíritu recto, de sanas intenciones, no enfeudado a partido alguno, y que, además, mejor que nadie garantiza lo que para el país es ahora esencial: la permanencia de una autoridad normalmente obedecida y respetada' (*ibíd*: 291).

Nos ha parecido así que el vanguardismo que percibe Herrera en Edwards es, en verdad, un vanguardismo de la reacción, un vanguardismo que anuncia llegada la hora del César. Con respecto a Encina, el mismo Herrera reconoce los peligros de un nacionalismo inspirado en el darwinismo social de Herbert Spencer, y el racismo que permea profundamente su interpretación de la historia de Chile.

No creemos que nuestro estudio teórico y crítico de estos ideólogos conservadores haya sido un ejercicio estéril. Pensamos, por el contrario, que exponer sus ideas nos ha permitido entender más claramente la alternativa republicana y democrática que apoyamos. Todos los autores estudiados manifestaron admiración por la figura de Portales, y Guzmán, en particular, buscó emular su relación con el presidente Prieto, tanto así que se le ha identificado como el Portales de Pinochet. Por nuestra parte, al criticar esta corriente de pensamiento lo hacemos con el mismo espíritu que guio a José Victorino Lastarria en su crítica al régimen portaliano. En 1861 Lastarria lamenta cómo la pseudo-república portaliana ha anulado los frutos de la Independencia:

La generación que debe su educación al sistema [portaliano], lo servirá sin comprender que obra contra sus intereses, creyendo con toda fe que el gobierno fuerte es preferible al gobierno flexible, que el espionaje y el despotismo son medios legítimos de

afianzar la autoridad, que la autoridad debe predominar sobre la libertad, que la república es una farsa, que la sociedad no ha de gobernar sino dejarse gobernar, que la opinión pública es una mentira... [Esta generación] confesándose hija agradecida de la revolución de Independencia, no tendrá rubor de renegar contra ella, acatando y profesando los errores de la vida colonial, y lo que es más triste, creyendo que nuestras sociedades no tienen salvación sino en la Monarquía, puesto que la república, que ella conoce, esa república que ha bastardeado y parodiado la reacción colonial, es impotente (Lastarria citado en Castillo, 2009: 12).

Pensamos que Camilo Henríquez y Juan Egaña, asiduos lectores de Rousseau y Montesquieu, percibieron correctamente que la condición de posibilidad del orden político republicano, que ellos contribuyeron a fundar en Chile, es la virtud patriótica, es decir, la disposición ética que nos induce a anteponer el bien común al bien privado. Pero este legado republicano es duramente criticado por los pensadores que hemos estudiado en nuestro libro. Para evitar el peligro democrático que temen, Edwards, Encina y Guzmán buscan fortalecer el poder ejecutivo y concentran en la figura presidencial todas las exigencias éticas. Como observa Vasco Castillo, se le imputa a la figura presidencial “una virtud cívica extraordinaria”, a la vez que las asambleas democráticas aparecen encarnando “todos los vicios y corrupción imaginables” (Castillo, 2009: 200). Con esto se distorsiona por completo el ideario republicano que identifica los vicios y la corrupción con la confusión del interés privado y el poder de los “grandes” con el bien común, y aproxima la libertad y la virtud cívica al ejercicio de los “humores populares” siempre rebeldes frente a la opresión.

En esta nueva edición de nuestro libro incorporamos dos nuevas secciones como apéndices. En el primer apéndice estudiamos la síntesis conservadora liberal por la que Guzmán armoniza el legado corporativista que deriva de pensadores carlistas como Osvaldo Lira y Jaime Eyzaguirre, y el ideario neoliberal que irrumpe en Chile en los años 1960 elaborado por economistas de la Universidad Católica y el CESEC. Guzmán encuentra en las encíclicas pontificias, particularmente en *Mater et magistra*, los elementos de una ontología social y los principios sociales (bien común, subsidiariedad, propiedad privada) por los que intenta justificar filosóficamente la síntesis conservadora liberal a la que aspira. En una última sección intentamos una breve caracterización del ideario conservador del siglo xix en Chile, que complementa el panorama ofrecido en la primera edición, y le sirve, de algún modo, como elemento de contrastación.

Para terminar, queremos expresar nuestro reconocimiento a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile y a Editorial Universitaria, que hicieron posible esta segunda edición.

Septiembre, 2015

INTRODUCCIÓN

I

El desarrollo de un pensamiento conservador chileno es un fenómeno que se da esencialmente en el siglo xx. Su punto de partida puede fijarse en una fecha precisa: 1903. En ese año Alberto Edwards publica su ensayo *Bosquejo histórico de los partidos políticos en Chile*, dirigido específicamente en contra del régimen parlamentario. Este ensayo marca el inicio de una extendida polémica en contra de la tradición liberal y democrática entronizada en Chile y que Edwards responsabiliza por los males que conlleva el parlamentarismo de comienzos de siglo. Más tarde, en 1928, Edwards revisa y expande su argumento en *La fronda aristocrática en Chile*, que resulta ser hasta hoy día el discurso conservador mejor articulado y una fuente de inspiración para un gran número de intelectuales chilenos cuya tendencia de derecha es innegable. Algunos de ellos, como Edwards mismo y Francisco Antonio Encina, apoyan activamente la dictadura protofascista del coronel Ibáñez; otros participan en el gobierno de Jorge Alessandri (1958-1964) y luego colaboran con la dictadura del general Pinochet (1973-1990). El hecho de que la actividad de estos intelectuales no haya tenido lugar al interior del Partido Conservador y se haya mantenido, en general, ajena a la vida partidista, puede explicar la razón de por qué hasta muy recientemente estos autores hayan sido estudiados individualmente y no fueran vistos como participantes de un proyecto común. Nuestro objetivo es examinar el pensamiento conservador de cinco autores: Alberto Edwards, Francisco Antonio Encina, Jaime Eyzaguirre, Osvaldo Lira y Mario Góngora. Ellos nos parecen ser las

figuras principales de una bien establecida tradición conservadora que se ha desarrollado en Chile durante el curso del siglo xx (cf. Góngora, 1981; Zegers, 1983; Bravo Lira, 1985; Cristi y Ruiz, 1986, 1991).

El cuerpo de ideas elaborado por estos pensadores conservadores es relativamente homogéneo. Sus esquemas conceptuales se guían uniformemente por nociones tales como continuidad histórica, autoridad y tradición, orden, legitimidad, nación y Estado nacional. Pero más importante resulta señalar sus blancos polémicos: la democracia y el liberalismo. Esta crítica se extiende luego al socialismo marxista y al totalitarismo. Inicialmente, su antagonismo en Chile se dirigió contra el parlamentarismo, es decir, la forma de gobierno impuesta por los vencedores de la Guerra Civil de 1891. Edwards y Encina denuncian al régimen parlamentario por lo que ven como un debilitamiento de la autoridad del poder ejecutivo, reflejo de la legitimidad monárquica del gobierno de la era colonial. Culpan a los intelectuales liberales del siglo xix por la adulteración del legado político chileno y de la ruptura de la continuidad histórica. A partir de la Segunda Guerra Mundial, Eyzaguirre, Lira, y también Julio Philippi, extienden este ataque contra el humanismo cristiano y el comunismo. Finalmente, Góngora reúne comprehensivamente el argumento conservador en una defensa del Estado nacional que ve amenazado por el neoliberalismo introducido durante el régimen militar de Pinochet. Con excepción de Lira, Philippi y, hasta cierto punto, de Góngora, estos pensadores conservadores no incursionan en el terreno filosófico ni intentan elaboraciones sistemáticas. Los intelectuales liberales del siglo xix no sienten la necesidad de fundamentar sus ideas de ese modo. Observan que la Independencia impone en Chile una legitimidad democrática y que los ideales que guían a los Padres de la Patria dan origen a una auténtica tradición liberal (Cea, 1988: 22). Los

liberales pronto descubren que cuentan a su favor con un poderoso argumento conservador basado en la tradición. La historia y la filosofía de la historia, pero en ningún caso consideraciones abstractas, ya sea epistemológicas o morales, resultan adecuadas para fundar su argumentación (O'Sullivan, 1976: 23-4; Nisbet, 1986: 25; Beneton, 1988: 9). Esta es obviamente una decisión discutible. La historia es el campo de batalla que mejor se presta para la estrategia argumentativa conservadora (O'Sullivan, 1976: 23-4; Nisbet, 1986: 25; Beneton, 1988: 9). No debería pues sorprender el hecho de que Edwards, al momento de disparar la primera andanada antiliberal lo haga mediante un compendio historiográfico.

El debate antiprogresista, dirigido contra el liberalismo, la democracia o el comunismo, es el aspecto que cohesiona al movimiento conservador chileno en su primera etapa. Sería un error, sin embargo, suponer que la existencia de un tema polémico uniforme significa la presencia de una línea argumentativa homogénea basada en presupuestos políticos comunes. Por el contrario, en su primera etapa de su evolución que va desde comienzos de siglo hasta fines de los años 1970 aproximadamente, se pueden distinguir dos estilos o tipos argumentativos. En tanto que se apela primariamente a la historia, y solo secundariamente a la filosofía, la teología o la jurisprudencia, no resulta impropio delinear esa diferencia de acuerdo con los términos que definen la disputa entre dos escuelas de pensamiento histórico en Francia en el siglo xviii. Esta discusión enfrenta a germanistas contra romanistas, esto es, a quienes conciben a la institucionalidad francesa como derivada de la tradición medieval contra quienes la ven determinada por el mandato absoluto de los emperadores romanos (Meinecke, 1972: 132-143; Mathiez, 1931: 99-100; Barzun, 1966; Keohane, 1980). La verdadera intención de los germanistas, representados por Fénelon y Boulainvilliers (*thèse nobiliaire*)

es asegurar la autonomía de la nobleza y las *puissances particulières* heredadas del feudalismo, en una era hegemonizada por una monarquía poderosa y centralizante. Por el contrario, el abate Dubos, representante de la escuela romanista, y luego Voltaire y Turgot, defienden el régimen monárquico absoluto (*thèse royaliste*). Esta bifurcación en el pensamiento histórico francés, que determina la división del movimiento conservador en Prusia en las décadas posteriores a la Revolución Francesa (Mannheim, 1971: 177ss), es igualmente discernible en el caso de Chile. Puede distinguirse aquí una línea de pensamiento nacionalista que favorece un sistema autoritario de gobierno, fuertemente centralizado y con acceso a la totalidad del poder político, y una línea corporativista que contempla la existencia de instituciones, como los gremios y las profesiones, que tienen por función moderar el excesivo control del poder político por parte del Estado. El nacionalismo y el corporativismo constituyen, en un primer momento, los dos canales formales que orientan los argumentos conservadores contra la tradición liberal chilena.

Pensadores nacionalistas chilenos, como Edwards y Encina, defienden una versión modernizada de la *thèse royaliste*. Apoyan una legitimidad presidencial, resabio de la legitimidad monárquica colonial, y deploran la supremacía alcanzada por las frondas parlamentarias, que han erosionado el poder y el prestigio de los Presidentes. Asumiendo esta postura nacionalista intentan restaurar la reputación del ministro Portales (1793-1837). Su régimen es interpretado como una continuación del mandato autoritario de los gobernadores coloniales. La dictadura de Ibáñez (1927-1931) es a la vez el triunfo y la derrota abismal de estas ideas. El nacionalismo resurge luego como un ingrediente importante en la agenda revolucionaria del movimiento nacist, e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial define la postura de los editores de

la revista *Estanquero*. Su fundador, Jorge Prat, tiene un importante papel durante el segundo gobierno (ahora constitucional) de Ibáñez (1952-1958). Durante los años 1960 el movimiento nacionalista guía la formación del Partido Nacional. El tema nacionalista también determina la acción del Movimiento Patria y Libertad, a la vez que se recupera el perfil conservador revolucionario del movimiento nacistita chileno. La ideología del régimen militar establecido en 1973 es influido tanto por el Partido Nacional como por Patria y Libertad. A comienzos de los años 1980 Góngora replantea el argumento nacionalista de Edwards y Encina en vistas de contrarrestar el ascendiente del pensamiento neoliberal. La adopción de las políticas neoliberales auspiciadas por Hayek (Cristi, 1980 y 1981; Cristi y Ruiz, 1981) y los seguidores chilenos de la Escuela de Chicago (Ruiz 1989; Valdés, 1989), conducen, según Góngora, a la desintegración del Estado nacional.

Eyzaguirre, Lira, Philippi y quienes colaboran en la revista *Estudios* durante la década de los años 1930 y 1940, desarrollan los presupuestos feudales definidos por la *thèse nobiliaire*. Estos autores ven la necesidad de contrarrestar la acción del Estado del mismo modo como la nobleza parlamentaria francesa luchaba por limitar y demarcar el ámbito de poder de los monarcas absolutos. Pero en tanto que aquella nobleza intentaba restaurar sus derechos señoriales, Eyzaguirre y sus colaboradores subscriben un corporativismo como una manera de afianzar el papel de los organismos intermedios. Postulan la formación espontánea de gremios y asociaciones profesionales o corporativas. En oposición al corporativismo estatal auspiciado por Viviani durante la dictadura de Ibáñez (Viviani, 1927; 1928), el corporativismo de Eyzaguirre y *Estudios* es social, en tanto que intenta reemplazar de modo subsidiario las funciones productivas que el Estado se ha arrogado (Drake, 1978). Un número de circunstancias pueden explicar el surgimiento de

esta opción conservadora en los años 1930. La derrota del nacionalismo autoritario de Ibáñez y su frustrado intento de implementar un corporativismo estatal hacen atractiva la alternativa de asignar un papel menos acentuado al Estado e incrementar la participación de la clase media. Además, la idea de un orden profesional propuesto por la encíclica *Quadragesimo anno* (1931) es de una clara orientación corporativista. La instalación en Austria, Portugal y España de regímenes que se declaran oficialmente corporativistas le dan a esta idea una semblanza de realismo.

Después de la derrota del fascismo en 1945, y a partir de la consolidación de la democracia liberal en Europa occidental y América como único modelo político legítimo, los corporativistas chilenos perciben la inviabilidad de su ideario. *Estudios* cesa la difusión del corporativismo como doctrina y sus colaboradores se concentran en otras tareas. Eyzaguirre refuerza sus vínculos con España y se dedica a la tarea de reinterpretación de la historia de Chile. La actividad de Philippi y Lira se orienta hacia la filosofía; el primero se interesa en cuestiones relativas al derecho natural y el segundo estudia la filosofía neoescolástica a la luz de la corriente tomista en boga en España. Su interés político se concentra en la refutación de lo que perciben como un abandono de la doctrina social y política de la Iglesia por parte de Maritain y sus seguidores en Chile.

A mediados de la década de los años 1960 el corporativismo experimenta un renacimiento con la fundación del Movimiento Gremialista en la Universidad Católica, que surge como desafío al régimen que preside Eduardo Frei. Pero el argumento corporativista del Movimiento Gremialista comienza a ser gradualmente desplazado por el ideario neoliberal de Friedrich Hayek y la Escuela de Economía de Chicago. Esta corriente de pensamiento se desarrolla principalmente en Estados Unidos, donde las defensas radicales del *laissez faire* son

interpretadas como expresiones de un pensamiento conservador (Nash, 1976; Gottfried y Fleming, 1988). Lo que permite la fusión de concepciones aparentemente tan distantes como el corporativismo y el neoliberalismo es la noción hayekiana de “orden espontáneo” que resume el típico rechazo conservador por lo artificial, por lo que resulta de la mera agencia de la voluntad humana. Este corporativismo que se liberaliza progresivamente se asienta principalmente en instituciones como la Universidad Católica, y su ideario comienza a difundirse a través del diario *El Mercurio* y las revistas teóricas conservadoras *Portada* y *Qué Pasa*.

Los proyectos democrático-radicales de Frei y Allende, y más tarde la necesidad de brindarle apoyo ideológico a la dictadura de Pinochet, generan una extraordinaria convergencia en el movimiento conservador chileno. No solo los corporativistas descubren su afinidad con el neoliberalismo. También se da una convergencia entre los corporativistas y los nacionalistas chilenos, para la cual cobra gran importancia la síntesis conservadora elaborada por Osvaldo Lira en los años 1940. El texto que más claramente manifiesta la fusión ideológica del nacionalismo, el corporativismo y el neoliberalismo es la *Declaración de Principios del Gobierno de Chile* de 1974. Un análisis de este texto muestra cómo la demanda nacionalista por un gobierno fuerte y autoritario se ensambla, por lo menos al nivel del discurso ideológico, con los requerimientos de una organización corporativista de la sociedad civil y la función que se le reconoce a una economía de mercado libre.

La evolución posterior del régimen militar determina grandes cambios en esta síntesis conservadora. El ascenso del neoliberalismo como el sistema de ideas dominante determina la segunda etapa en la evolución del movimiento de ideas conservadoras en Chile. El gremialismo, liderado por Jaime Guzmán, abandona las líneas centrales del

pensamiento corporativista y se pliega sin reservas al neoliberalismo. Guzmán se distancia ideológica y personalmente de Lira, cuyas ideas van quedando, a partir de 1974, fuera del ámbito de la discusión constitucional y política. Philippi, en cambio, se compromete claramente con el neoliberalismo. Para el nacionalismo, por otra parte, las consecuencias son ambiguas. La concentración de poderes dictatoriales en la figura autoritaria de Pinochet y el papel predominante que adquieren las fuerzas militares satisfacen su programa. Pero la implantación de un modelo de economía abierta y la eliminación del proteccionismo debilitan considerablemente el papel del Estado productivo, que también ha sido una aspiración secular del nacionalismo.

Es claro, en todo caso, que en esta segunda etapa de su evolución el pensamiento conservador ya no se escinde en las encontradas concepciones corporativistas y nacionalistas. El último vestigio corporativista se extingue en 1983 cuando el gremialismo decide organizarse como partido político. El nacionalismo, por su parte, parece cobrar nueva vida alentado por la crisis económica de comienzos de la década de los años 1980. Pero pasada la crisis también pierde terreno, quedando relegada a segundo plano la apología de Góngora en favor del Estado. Al término de la dictadura de Pinochet, e iniciada la transición hacia la democracia, el neoliberalismo aparece firmemente emplazado como el ideario dominante al interior del sistema de ideas conservadoras en Chile.

II

Este trabajo recoge una investigación que los dos autores iniciaron en 1974 y que ha continuado desarrollándose con distintas vicisitudes hasta la actualidad. Ello explica el carácter de este texto que se expresa en ensayos escritos

en periodos distintos. Algunos de estos ensayos ya han sido publicados y se reeditan con importantes modificaciones, que los actualizan pero no los alteran sustancialmente. Con esto esperamos comunicar al lector una impresión del conjunto de nuestro trabajo de investigación. Otros se publican aquí por primera vez y buscan completar nuestra visión sobre el pensamiento conservador chileno.

La unidad de estos seis ensayos está dada desde luego por un tema común: el desarrollo de un pensamiento conservador chileno en el siglo xx. Enfocamos este tema desde una perspectiva filosófica que subraya el aspecto argumentativo de un discurso inmerso en la particularidad del acontecer histórico. Aunque los pensadores estudiados no son, con la excepción de Lira, estrictamente filósofos, nos parece que los temas que desarrollan tienen ciertamente un vector filosófico. En este sentido hemos fijado nuestra atención en cuestiones epistemológicas, como lo es la típica oposición conservadora al constructivismo legal y político, y la afirmación hayekiana de la primacía del conocimiento práctico. También discutimos ciertas categorías propias de la filosofía social y política conservadora, como las críticas al liberalismo, al individualismo y a la democracia, y el uso de categorías como autoridad, poder político y social, tradición, legitimidad, organismos intermedios, etc.

Nos hemos concentrado particularmente en los cinco autores elegidos porque, nos parece, su obra es el principal aporte para la constitución de un pensamiento conservador en Chile. Es necesario reconocer que estos autores han intentado también aplicar ideológicamente su pensamiento a las circunstancias históricas en que han vivido. Nuestro trabajo no descarta esa proyección ideológica. La consideramos, sin embargo, solo en cuanto sirve para esclarecer su posición teórica. De igual manera incluimos un estudio de otros autores conservadores chilenos cuya

función intelectual ha sido principalmente la de aclarar, exponer y aplicar ideológicamente las tesis elaboradas por esos pensadores. Esta tarea de divulgación, aunque muy importante en sí misma, la tomamos en cuenta también solo en la medida en que pueda aclarar el sentido de la producción intelectual de los primeros. Es en publicaciones teóricas como las revistas *Estudios*, *Estanquero*, *Portada* y *Estudios Públicos*, en diarios y semanarios como *El Mercurio* y *Qué Pasa*, y también en documentos oficiales, como la *Declaración de Principios del Gobierno de Chile*, donde se expresa principalmente esa actividad.

El primer ensayo estudia el pensamiento de Edwards, quien nos parece ser el fundador de esta corriente de ideas en Chile. A partir de una postura, que podríamos caracterizar como próxima al conservantismo liberal, el conservantismo de Edwards adopta en los años 1920, durante el periodo dominado por la presencia del coronel Ibáñez, un giro revolucionario. El ensayo siguiente está dedicado a Encina. Con este autor se definen más claramente las tesis nacionalistas esbozadas por Edwards. Se analizan dos periodos de la obra de este autor. El primero muy influido por Spencer y con un gran impacto en el empresariado y las ideas educacionales de la época, y el segundo caracterizado por la influencia de la misma obra de Edwards de quien Encina recoge una visión spengleriana. El tercer ensayo examina el pensamiento de Eyzaguirre y el desarrollo del corporativismo en Chile, difundido principalmente a través de la revista *Estudios*. A este ensayo se ha agregado un breve apéndice que responde a observaciones críticas formuladas por el profesor Gonzalo Vial a un artículo anterior sobre el tema. En el ensayo siguiente se analiza el renacer del conservantismo como una ideología que comienza a difundirse a fines de los años 1960 y comienzos de los años 1970 a través del diario *El Mercurio* y las revistas *Qué Pasa* y *Portada*. Observamos

aquí cómo la ideología neoliberal logra una concordancia temática con un corporativismo renovado que se expresa en el Movimiento Gremialista. El quinto ensayo estudia el pensamiento conservador de Osvaldo Lira y la síntesis conservadora que se manifiesta ideológicamente en la *Declaración de Principios* del régimen militar que se instala en 1973. El texto de la *Declaración* representa su documento fundacional. Finalmente, el último ensayo estudia la obra madura de Góngora y su reacción ante el predominio ideológico del neoliberalismo. El esfuerzo de Góngora por restaurar la idea de Estado nacional y un examen de las reflexiones de Góngora acerca de la noción de pensamiento conservador en general y, en particular, acerca del conservantismo chileno concluyen el argumento de este libro.

Cada ensayo es obra individual de cada autor. En sus líneas fundamentales, sin embargo, el argumento que aquí se desarrolla es fruto de un trabajo en común. A pesar de las inevitables diferencias de puntos de vista y estilo, y de las distintas circunstancias en que fueron escritos, la lógica del tema mismo fue confiriéndole al conjunto de estos ensayos su unidad. Dos artículos ya publicados sobre este mismo tema (Cristi y Ruiz, 1986; 1991), y que hemos escrito conjuntamente siguiendo esta misma línea de presentación, han sido un gran aliciente para emprender la publicación de este libro. Innumerables horas de intensas discusiones y una nutrida correspondencia a lo largo de estos años han servido para eliminar nuestros errores más egregios y alternativamente animar o moderar nuestras retóricas.

Agradecemos a Patricia Bonzi, Humberto Giannini, Rafael Hernández, Sonia Sáenz, Olga Grau, Gonzalo Catalán, Claudio Durán, Peter Landstreet, Armando de Ramón, José Miguel Arteaga y al recordado profesor C.B. Macpherson por su inestimable apoyo a esta investigación en su etapa inicial. En un segundo momento, el apoyo de Alfredo

Riquelme como asistente de investigación resultó esencial, especialmente en lo que concierne a la contextualización histórica de los diferentes ensayos. Posteriormente, largas e intensas conversaciones con Rodrigo Alvayay, Patrick Cingolani, Sofía Correa, Enrique D'Etigny, Stéphane Douailler, José Fernando García, Marcos García de la Huerta, Cristián Gazmuri, Bernard Manin, Chantal Mouffe, Jorge Nef, Pilar Vergara, Patrice Vermeren, nos sirvieron enormemente para enriquecer y esclarecer nuestro argumento. Agradecemos igualmente la generosa colaboración de Vasco Castillo, Javier Couso, Cristóbal Marín y Tomás Vial. Quisiéramos, por último, expresar nuestro reconocimiento a la valiosa ayuda prestada por la profesora Patricia Arancibia, por los profesores Jaime Castillo Velasco, Arturo Fontaine Aldunate, Julio Philippi, Fernando Silva Vargas y Gonzalo Vial, por monseñor Jorge Hourton y el padre Osvaldo Lira. La Ford Foundation, el Social Sciences and Humanities Research Council of Canada, el Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea de la Universidad, Academia de Humanismo Cristiano y Wilfrid Laurier University contribuyeron con fondos para el financiamiento de las investigaciones que son la base de este libro. La Embajada de Francia y el Instituto de Cooperación Iberoamericana han contribuido a hacer posible su publicación.

ENSAYO I
El pensamiento conservador de Alberto
Edwards.
Del conservantismo liberal al conservantismo
revolucionario

RENATO CRISTI

En el Prólogo a la octava edición de *La fronda aristocrática* Mario Góngora señala los dos aspectos más controvertidos de la obra de Alberto Edwards: su conservantismo político y la visión interpretativa global que funda su elaboración historiográfica (Góngora, 1982: 14). Góngora da por supuesto su conservantismo político y no intenta definirlo. Piensa posiblemente en su práctica política como miembro activo del Partido Nacional durante la república parlamentaria, luego miembro de Unión Nacional, un movimiento de renovación nacionalista fundado en 1913, y más tarde como apologista y eminencia gris de la dictadura de Ibáñez entre 1927 y 1931 (Vargas Cariola, 1975). Pero es más explícito con respecto al segundo aspecto. Lo que llama “visión interpretativa global” la define a partir de lo que Meinecke entiende por “dilettantismo” (ibíd: 13-14). Se trata de una elevación de la mirada histórica más allá del examen detallado del material documental. El dilettante no rechaza el dejarse guiar por ideales reguladores o aun por apreciaciones intuitivas acerca del papel genial de ciertos individuos excepcionales. Edwards es ciertamente un historiador. Góngora sin reservas lo califica como “el mejor historiador de la época republicana” (Góngora, 1981: 45). No me interesa aquí, sin embargo, estudiar su producción historiográfica en cuanto tal, sino el sistema de ideas que la sostiene; es decir, estudio la “visión interpretativa global” que dirige su producción historiográfica. Si con la noción de conservantismo político Góngora pretende apuntar hacia aquellos compromisos prácticos en la actividad de Edwards y por medio de la noción de “dilettantismo” caracteriza el lado más teórico de su actividad, fusiono estos dos aspectos en la idea de pensamiento conservador. Coincido, en este punto, con la distinción elaborada por Mannheim entre “tradicionalismo”, es decir, una actitud subjetiva e inconsciente frente al cambio social, y “pensamiento

conservador” que él mismo define como una postura razonada y consciente, y que se expresa como concepción sistemática del mundo (Mannheim, 1927: 157-8). Ahora bien, el proyecto que guía la totalidad de la obra de Edwards en tanto que pensador conservador, busca, por una parte, desarticular el dominio avasallador que las ideas liberales y democráticas tienen en Chile, y, por otra parte, en tanto que el liberalismo democrático ha contribuido al desprestigio del principio de autoridad, su proyecto busca el pleno restablecimiento de tal principio. Un Estado autónomo, presidido por un ejecutivo fuerte, es la proposición que más claramente destaca en su arsenal de ideas.

Cuando Edwards comienza a elaborar su proyecto, la legitimidad democrática y el liberalismo son los factores determinantes de la institucionalidad pública chilena. La defensa de tal legitimidad no ha tenido que acudir a elaboraciones sistemáticas en los ámbitos de la epistemología, la filosofía moral o la filosofía política. De alguna manera, la tarea fundacional de los liberales chilenos del siglo xix no precisa de un desarrollo tan amplio y sistemático como el liberalismo en Europa. Ello se debe, en primer lugar, a que los liberales chilenos entran en la escena relativamente tarde, cuando la trama filosófica que sostiene al ideario liberal ya ha sido elaborada detalladamente. Y en segundo lugar, porque la Independencia de Chile, es decir, aquel suceso histórico que define la esencia misma de Chile como nación, aparece como un hecho fundamentalmente republicano y liberal; es decir, es un hecho consumado que no puede interpretarse de otra manera que como una ruptura emancipadora con una tradición de obediencia y lealtad a una autoridad establecida. En este sentido, coincido con Collier cuando afirma que, en el periodo que va desde 1810 a 1830, “la vieja ortodoxia basada en la lealtad hacia la Corona y la

obediencia a las autoridades peninsulares es reemplazada por la ortodoxia contemporánea del liberalismo individualista” (Collier, 1967: 129). Para liberales como Lastarria, Barros Arana, Vicuña Mackenna y Amunátegui, el combate contra el conservantismo portaliano se simplifica enormemente. Solo tienen que apuntar un dedo historiográfico hacia el hecho de la Independencia. En Chile, al revés de lo que sucede en Europa, el liberalismo no tiene que luchar contra la persistencia de una legitimidad monárquica, contra sentimientos dinásticos acendrados, contra la noción de deberes naturales. En la noción misma de la Independencia viene incluida la noción de legitimidad democrática y la idea de derechos individuales como algo natural e inalienable (*ibíd*: 129). No es necesario, por tanto, que el liberalismo en Chile adopte una postura filosófica. Y no debe sorprender que el movimiento emancipador chileno no haya “producido un solo tratado sistemático de política que pueda ser considerado como una expresión fiel de la ideología revolucionaria” (*ibíd*: 132). A los liberales chilenos les basta con la historia, es decir, les basta con rememorar historiográficamente el hecho republicano y liberal de la Independencia de Chile, para ganar de palmo a palmo su argumentación.

Edwards es quien por primera vez se enfrenta con el liberalismo y la democracia criollas en el único terreno posible para el combate: la historia de Chile. Inicia así un revisionismo histórico conservador que luego proseguirán Encina y Eyzaguirre (*ibíd*: xii), y más recientemente Mario Góngora y Gonzalo Vial. Este revisionismo involucra, en el caso de Edwards, un fondo de ideas que en una primera época se asienta en su lectura de autores como Burke, Constant, Macaulay, Bagehot y Comte, y, en una segunda época, en la influencia de Spengler. La extraordinaria coherencia y elegante simplicidad del argumento elaborado por Edwards son engañosas. Me parece que Góngora, a